

Pastoralia

Serie: GUILLERMO COOK – La Iglesia como Comunidad de Base

Guillermo Cook,

Cristiano y Teólogo

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
Guillermo Cook, Cristiano y Teólogo
Artículo publicado en el 1º y 2º semestres de 1990
Revista Pastoralia n^{os}. 24-25 – Año 12 – Páginas 7 a 36



GUILLERMO COOK, CRISTIANO Y TEÓLOGO

Plutarco Bonilla A.

1. LA PRIMERA IMPRESIÓN

Los refranes y los dichos encierran la sabiduría popular, y esta, rara vez se equivoca; al menos, no se equivoca como principio general.

La experiencia concreta, referida a casos particulares, muestra, al contrario, frecuentes “excepciones que confirman la regla”.

En efecto, suele decirse, cuando hablamos de la apreciación que hacemos de personas, que “la primera impresión es la que vale”. Y es cierto, como norma general, que esa primera impresión marca indeleblemente, y con excesiva frecuencia, nuestro concepto o valoración de la persona de que se trate. Lo malo radica en el hecho de que es muy común descubrir que no podemos dar razón válida que explique por qué una determinada persona “nos cayó mal” en el primer encuentro que tuvimos con ella. (Lo mismo sucede, a veces, cuando alguien “nos cae bien” en esa primera ocasión, cuando nos lo presentaron.)

Y si no es ese el caso, puede ocurrir también que nos formemos una imagen de una persona con base en lo que otros nos dicen (o en lo que “se dice”), aun antes de conocerla directa y personalmente.

En situaciones como estas, no resulta nada extraño que nos veamos forzados a corregir esa imagen o a desechar aquella “primera impresión”, una vez que entablamos amistad con la persona que nos había caído mal o de quien habíamos albergado alguna sospecha. Esto es verdad, especialmente, si llegamos a conocer bien a esa persona.

Esa es la confesión con la que iniciamos estas notas sobre quien es hoy el Dr. Guillermo Cook. Permítasenos, por ello, hablar de aquí en adelante en primera persona singular y referirnos a aspectos personales e incluso anecdóticos.

Conocí por primera vez a Guillermo Cook allá por los años 60, cuando se incorporó a la Misión Latinoamericana en calidad de misionero. Varios detalles contribuyeron a que la primera impresión no fuese del todo positiva. Por una parte, lo había precedido la noticia de su trabajo en Guatemala, donde había estado colaborando (en la fundación y establecimiento del Colegio América Latina) con personas cuya reputación teológica las colocaba — aun para aquella época — en el campo fundamentalista, de mentalidad cerrada, renuente a todo diálogo y exclusivista. El hecho de que su curriculum studiorum incluyera muy tempranamente el nombre de Bob Jones no hacía sitio confirmar aquella primera impresión. Además, aunque la Misión Latinoamericana se había ganado la fama — muy merecidamente, por cierto — de ser, entre las “Misiones de fe” que operaban en la América Latina, el organismo misionero más abierto, seguía siendo considerada por muchos observadores como una “Misión” muy conservadora, si no fundamentalista al menos rayana en el fundamentalismo. Ciertamente con el inolvidable

Kenneth Strachan se habían iniciado unas “minirrevoluciones” en el seno de dicha Misión. Pero Strachan no tuvo el tiempo suficiente para consolidarlas ni para proyectarlas hacia el futuro. Su inesperada y prematura muerte, a mediados de la década de los sesenta, no solo provocó una crisis en la organización sino que, además, de alguna manera, marcó lo que sería el comienzo del retroceso que había de durar bastantes años, pues creo que sus sucesores no tuvieron la talla requerida para continuar la labor por él iniciada. (Lo cual no quiere decir que no hicieron sus propios y valiosos aportes a la institución. Sí quiere decir que hubo un cambio de rumbo en aspectos muy significativos.)

He de aclarar para que las líneas anteriores sean comprendidas en su perspectiva correcta y cobren la dimensión que les corresponde — que, por la época de mi primer encuentro con Guillermo Cook, yo había comenzado ya a asumir una actitud crítica respecto de muchos detalles que se nos habían transmitido dogmáticamente. Además, había hecho una más o menos clara distinción entre “evangélico” y “fundamentalista” y había iniciado el rechazo del fundamentalismo por considerarlo antievangélico y antibíblico. Desde ese marco de referencia — que con el pasar de los años alcanzó perfiles más definidos, producto del análisis y de la convicción — percibí entonces la figura del misionero Guillermo Cook.

Nótese que esa percepción fue producto de una “mirada de lejos”, en el sentido de que no fue el resultado de una relación personal que nos vinculara, por ejemplo, en un trabajo común. Por otra parte, no solo no asistíamos a la misma iglesia local, sino que ni siquiera éramos miembros de la misma denominación. (Después — ¡cosa curiosa! — descubriría que tenemos ciertas raíces en común, como por ejemplo nuestro trasfondo religioso con los llamados “hermanos de Plymouth”... aunque con el Atlántico de por medio.)

2. CAMBIO DE PERSPECTIVA

Eran los años de “Evangelismo a Fondo” (EVAF). Este ministerio de la Misión Latinoamericana había producido mucha resonancia en los círculos evangélicos conservadores de América Latina, que eran — y siguen siendo — los mayoritarios. EVAF era requerido por muchas iglesias e instituciones evangélicas de nuestro Continente. En respuesta a esas invitaciones, se programó una serie de cursillos en varios países de América del Sur (Ecuador, Argentina y Uruguay) y en Panamá. Para mi gran sorpresa, recibí la invitación de ser uno de los tres miembros que constituirían el equipo encargado de los referidos cursillos. Otro miembro fue Guillermo Cook. Del tercero, prefiero no hablar pues con frecuencia fue la rémora del equipo.

Transcurría entonces el año de 1968. Fue esa la primera oportunidad efectiva que tuve de trabajar mano a mano con Guillermo Cook. Siendo él parte del personal de EVAF, le correspondió dirigir el equipo. A mí me tocó, pues, ser su “subordinado”.

Este viaje significó un cambio de 180 grados en mi apreciación de Guillermo Cook como persona, como trabajador, como profesor y como amigo. Tuve que reconocer para mis adentros — y ahora añadido: con gran alegría — que aquella “primera impresión” había sido apresurada, producto de la ignorancia y de los prejuicios que regularmente la acompañan.

3. EL VIAJE

Con los antecedentes mencionados en los párrafos anteriores, inicié este viaje con una cierta aprehensión, pues tenía el temor de ser yo la nota discordante en el trabajo en el que, por un par de semanas, estaríamos empeñados.

Como señalé antes, el viaje estaba, de hecho, patrocinado por la Misión Latinoamericana, a la que entonces pertenecía EVAF, el patrocinador inmediato. Mi propia vinculación al Seminario Bíblico Latinoamericano (del cual era, en aquel año, el decano académico), hacía que yo mismo sintiera en carne propia el entredicho en que muchos habían colocado a esta institución. Por aquella época ya había sido atacada — y condenada — por los círculos ultraconservadores de América Latina, ¿Las acusaciones? Las ha habido para todos los gustos. El Seminario Bíblico era “neoortodoxo”, “liberal”, “catolizante” (o “romanizante”), “ecumenista” y ¡horror de horrores! estaba “politizado”. (Falta, seguramente, añadir otros epítetos.)

Me encontraba, pues, emocionalmente, entre dos aguas (o entre dos fuegos, para ser más realista). Por una parte, había aceptado participar, con toda sinceridad y con alegría, porque me identificaba — a pesar de los pesares — con la tradición representada por EVAF, sobre todo con la expresión más avanzada de su pensamiento. Aquellos días eran, para mí, días de búsqueda. Desde mi salida del Seminario (1957), muchas cosas habían cambiado. Como resultado de ello, mi horizonte teológico se había ampliado y llegaba a percibir dimensiones de mi propio servicio y de la misión global de la iglesia que antes habían quedado obnubiladas por la visión, un tanto estrecha, de la educación fundamentalista, o casifundamentalista, que había recibido.

En honor a la verdad, debo aclarar que me tocó estudiar en el Seminario en un período muy especial. La llegada de una nueva “camada” de profesores, excelentemente preparados y con una visión muy amplia respecto de los estudios bíblicos y teológicos, hizo que en aquella época la institución participara también, en alguna medida, de ese sentido de búsqueda con el que he caracterizado mi propia vida en la década siguiente. Y esa experiencia fue marcante en mi propia formación.

Ese era el “ambiente” en el que me movía cuando recibí la invitación e inicié el referido viaje. Pero en él habría algunas revelaciones muy importantes, el menos para los efectos del presente artículo.

3.1 *El pensador*

3.1.1 Una de las más importantes de esas revelaciones fue descubrir que la imagen mental de un Guillermo Cook fundamentalista que yo me había formado no correspondía a la realidad. Y en este caso — para remedar, a la inversa, el dicho atribuido a Hegel — “tanto peor para la imagen”.

Varias cosas se hicieron patentes:

Por una parte, la imagen de un casicampesino bonachón, de poco vuelo teológico y con poca formación bíblica que pudiera considerarse realmente “seria” (imagen que algunos — entre ellos quien esto escribe — se habían forjado), no era ni siquiera una caricatura deformada de Cook. Este se manifestó muy pronto como estudioso, empeñado en superarse a sí mismo, amante de la lectura y siempre ávido de aprender. Consciente

de las particulares limitaciones de su propia formación (aunque, ¿quién no las tiene?), pareceme ahora, al echar una mirada retrospectiva a aquel pasado, que Guillermo se afanaba por saltar las barreras de esas limitaciones, superarlas y crear sus propios pensamientos, aunque ello implicara — como siempre implica, en mayor o menor grado — asimilar los pensamientos de otros.

3.1.2 Aunque parezca contradecirme respecto de lo dicho en líneas anteriores, creo que, por esta época, Cook seguía siendo fundamentalista. Pero era un fundamentalista de una cepa distinta de la de la inmensa mayoría de los fundamentalistas protestantes de América Latina, formados, por lo general, al socaire del fundamentalismo norteamericano. Frente a la cerrazón dogmática propia del fundamentalismo que campeaba en nuestra América morena (y que, para infortunio de nuestras iglesias, aún campea), el de Cook comenzaba a manifestar grietas muy significativas. La primera y más importante era su mente abierta, su permanente disposición al diálogo, sin temores ni fobias, a sabiendas de que en el diálogo hay siempre la posibilidad de aprender y el riesgo de tener que cambiar de opinión.

3.1.3 Dos datos — que se repitieron en diversas ocasiones durante el viaje — resultan indicadores muy importantes y son ilustrativos de lo que llevo dicho:

Uno es que, especialmente cuando nos tocaba participar en algunos institutos bíblicos o seminarios, los jóvenes teológicamente más inquietos, que también andaban a la busca del sentido de la fe cristiana en el mundo en el que estábamos viviendo (diez años de experiencia revolucionaria cubana y la euforia que precedió a la serie de brutales golpes militares que troncharon las vidas y las esperanzas de muchos latinoamericanos), se acercaban a Guillermo Cook o a quien escribe estas líneas, tratando de encontrar un espacio de diálogo del que con frecuencia carecían aun en sus propias casas de estudio. Si se interpreta este dato a la luz de lo que afirmo en el inciso siguiente, se percibirá con claridad meridiana por qué sostengo que el fundamentalismo de Guillermo Cook era de otra “cepa”.

El otro dato lo define — al igual que a mí — por vía de negación. (Claro — y puesto que ya mencioné a Hegel —, permítaseme recordar aquello de la negación de la negación para alcanzar la síntesis.) Si a Cook y a Bonilla los buscaban los jóvenes para satisfacer sus inquietudes teológicas, ello se debía al hecho de que ambos eran tenidos por “académicos”, las personas del equipo con preparación bíblica y teológica. El tercer miembro de ese equipo, al contrario, era tenido por el “espiritual”. No importaba que fuera superficial, que su teología se redujera a una especie de antiteología (que siempre o casi siempre va unida al enaltecimiento — o a la manipulación — de las emociones), y que su actividad principal (la predicación) no se saliera nunca de los lugares comunes de los predicadores fundamentalistas. Ese era el hombre “espiritual”. (Recuerdo una ocasión cuando, al terminar uno de nuestros seminarios, nos dieron a los tres sendos regalos. Guillermo me hizo, al oído y más o menos con estas palabras, el siguiente comentario: “Por la naturaleza de los regalos puede deducirse cuál fue la ‘enseñanza’ que más apreciaron”. Porque lo cierto fue que, en más de una ocasión, este tercer miembro del equipo echó por tierra explícitamente — aunque no mencionara nuestros nombres — todo lo que nosotros dos estábamos tratando de hacer. Ejemplo de ello fue el contraste que llegó a hacer, en un instituto bíblico de Buenos Aires, entre lo espiritual y lo académico, desvalorando esto último en aras de aquello otro. Y eso ocurrió en una sesión inmediatamente después de la clase en que quien esto escribe atacó la tendencia, común entre los evangélicos de nuestras tierras, de hacer casi irreconciliables ambos aspectos

de la vida cristiana, y en la que también acentuó la necesidad de profundizar nuestra comprensión de la fe y de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.)

3.1.4 Ya desde esta época se hacía patente lo que sería después una constante del pensamiento teológico de Cook: la fe no puede reducirse a lo que en nuestra terminología protestante se denomina “confesión de fe”. La fe no es una esencia metafísica que se resuelve y se agota en una espiritualidad desencarnada, sino que es una realidad histórica y biográfica, con serias implicaciones para la vida cotidiana y que se vive en el trajín de la lucha por la supervivencia que ha caracterizado a los pueblos de nuestras tierras. Había ya en él una significativa preocupación por la realidad social latinoamericana. (Por supuesto, en aquellos días él no articulaba este pensamiento en los términos en que lo acabo de hacer. Pero, en esencia, era esta misma visión la que se estaba forjando en su interior.)

3.2 *El amigo*

Uno llega a conocer a fondo a las personas cuando trabaja hombro a hombro con ellas y cuando, juntos, tienen que luchar por un mismo ideal y para alcanzar metas comunes. Es en esa arena donde, con frecuencia, se marchitan las flores de un día de las amistades superficiales que no han pasado por el crisol de la prueba común. Embarcados en la misma empresa, teniendo que enfrentar problemas compartidos y tratando de hallar salidas a situaciones para ambos angustiantes, los que se dicen ser amigos descubren si en verdad lo son... y, a veces, quienes no se consideran amigos encuentran la ocasión propicia para llegar a serlo.

Esto último me pasó a raíz de la actividad que a estas alturas estoy reseñando. Los años siguientes (*vide infra*) no hicieron sino afirmar y anudar esta experiencia.

Como es natural, no todo ha sido siempre de color de rosa. Pero el problema fundamental de la vida humana no consiste en que necesariamente existan problemas, sino en que no se sepa cómo enfrentarse a ellos con sabiduría. (Me imagino que la vida sin problemas sería aburridísima y carente de retos.) A lo largo del viaje en cuestión, nació y se consolidó nuestra amistad, porque tuvimos que meter el hombro, juntos, a situaciones conflictivas o a oportunidades no programadas que significaban añadir trabajo a una jornada de por sí agotadora.

En todas esas experiencias Guillermo se mostró siempre como amigo leal, siempre dispuesto a echar una mano cuando falta hacía, o a dar la palabra de apoyo y consejo cuando era necesario,

3.3 *El obrero*

Si en el trabajo se muestra la amistad, también en él se revela el calibre de trabajador (cuantitativa y cualitativamente considerado) de la persona en cuestión.

Palabras hay que, aplicadas a una persona, equivalen a endilgarle a esta un insulto. Pero, en otros contextos, esas mismas palabras llegan a significar un piropo. Así, tratar de “mula” a alguien puede ser ofensivo. Pero la mula no es solo un irracional caracterizado por su testarudez y por su fuerza bruta. También es símbolo de resistencia, y presta su nombre para indicar que la persona a la que se aplica el término no se amilana con facilidad frente a lo ingente de la tarea que tiene por delante, aunque parezca

insoportable por muy pesada. Solo usando la palabra con este sentido me atrevo a decir que Guillermo Cook “trabaja como una mula”. Tiene una casi increíble capacidad de aguante. Solo a dos otras personas he conocido con una resistencia similar frente al trabajo. Una es un pastor español, el Dr. Juan A. Monroy; la otra fue el siempre recordado amigo, el Dr. Orlando Costas. Esa capacidad les ha permitido producir a un ritmo acelerado, a veces inexplicable.

La dificultad que a veces se nos presenta en nuestra relación con personas de esas características es que ellas, con demasiada frecuencia, no se percatan de que eso es un don que el cielo les ha concedido (¿o una maldición que ha caído sobre ellas, enviada desde ese mismo cielo?), y entonces esperan que los demás se muevan a la misma velocidad y produzcan al mismo ritmo. Y eso, en la mayoría de los casos — si no siempre —, es imposible. Algunas de ellas tienden a volverse impacientes y, en ocasiones, insoportables por intolerantes.

Junto a esa capacidad hay que señalar, en Guillermo Cook, una excelente disposición de ánimo que lo hace accesible a los demás y que b mantiene en una permanente actitud de disponibilidad ajena a todo cálculo interesado y egoísta, aun cuando ello implique sacrificio.

Me viene a la memoria un caso muy concreto, también ocurrido en Buenos Aires. Allí nos invitaron, a los tres miembros del equipo, a participar en un “miniseminario” que debía celebrarse en un instituto bíblico pentecostal en las afueras de la Capital argentina. Esto significaba un viaje de aproximadamente una hora en automóvil. La única oportunidad que se nos ofrecía, pues la institución no tenía otro tiempo disponible, era en la noche de un domingo, después de las actividades, diurnas y nocturnas, en diversas iglesias bonaerenses (actividades en las que los tres estaríamos envueltos). Pues bien, solo nosotros dos — Cook y Bonilla — estuvimos dispuestos a hacer el viaje de ida y vuelta... y a acostamos bien pasada la medianoche... para iniciar temprano las actividades del día siguiente, en las que nosotros dos también tendríamos la parte más pesada del trabajo.

3.4 *La persona*

Como sucede con todos los seres humanos, Guillermo tiene sus peculiaridades. Son estas rasgos inconfundibles de su personalidad.

Por ejemplo, es sumamente nervioso en sus gestos. Son varios los amigos que me han manifestado — entre bromas — cómo se ponen incómodos cuando tienen que sentarse frente a Guillermo Cook para conversar... sobre todo si es por un largo rato. Guillermo parece no poder quedarse quieto por un momento. Tiene que quitarse las gafas y restregarse los ojos, o rascarse alguna parte del cuerpo, pasarse la mano por la frente, colocarse bien el cabello, aclararse repetidamente la garganta o reacomodarse por enésima vez en el asiento. Esa inquietud, que manifiesta así en el lenguaje corporal, es característica de toda su vida. Le gusta estar en movimiento. Si se me permite, podría aplicarle a él el mote que se les aplicaba a los primeros cristianos, según el relato del libro de Hechos: Guillermo pertenece a “los del camino”.

Creo que esta característica da razón de un hecho que algunos de sus amigos hemos comprobado: Guillermo no suele prestarles mucha atención a los detalles. En el trabajo de corrección de los textos que constituyen el núcleo central de este número de

Pastoralia, he podido corroborar una vez más este dato. Los responsables de este trabajo nos hemos tropezado con notas al pie que estaban incompletas, con algunas citas no muy precisas (en un caso, ¡hasta cuando se citaba a sí mismo, al hacer referencia a un texto de uno de sus libros!) e incluso con fechas cuya precisión no se había verificado. A veces esto se manifiesta en un cierto desaliño personal, que lleva su sello y que hasta resulta simpático.

De cara a lo demás, todas estas cosas no son sino *peccata minuta*.

Hay que añadir un dato, necesario para corregir cualquier impresión errónea que pudiera haberse creado por lo dicho anteriormente (en 3.1.3).

La tradición protestante — en términos generales — ha rechazado como repugnante el grito “¡Muera la inteligencia!”, de aquel general retrógrado — como la mayoría de los generales —, llamado Millán Astray, que se atrevió a lanzarlo en la muy universitaria ciudad de Salamanca. Sin embargo, hay quienes, sin decirlo, lo dicen. Un periódico costarricense (La Prensa Libre) incluye todos los días una página humorística que tiene el siguiente lema: “La página de batalla que, sin perversa intención, comete indiscreción de decir lo que se calla”. Ahí la intención es sin ambigüedades y explícita: Se trata de decir las cosas de tal manera que lo que se dice es, claramente, mucho más de lo que está impreso en la página. Sucede otro tanto en ciertos círculos evangélicos, y muy particularmente entre quienes no tienen la conciencia histórica de su vinculación con el movimiento protestante.

Es en el seno de estos últimos donde con frecuencia se contraponen al intelectual con el espiritual, de tal manera que estos términos aparecen como antitéticos: no se puede ser, simultáneamente, una cosa y la otra.

Pues bien, Guillermo Cook se manifestó, a lo largo de esta experiencia, como cristiano preocupado por ser, con integridad, ambas cosas. Su participación en aquella serie de actividades a la que nos referimos se debió, en esencia, a su profundo interés por la evangelización. De hecho, fue ese interés lo que lo llevó a vincularse con EVAF. Además, era un hombre de oración y estudiaba con entusiasmo las Sagradas Escrituras. Lo que lo diferenciaba de otros que aparentemente hacían lo mismo es que él no se conformaba con un barniz de “Escrituras”, ni con la oración egoísta que se agota (¿consume?) en una interioridad casi enfermiza, ni con una evangelización alienante que amputa la plenitud del evangelio de Jesucristo y lo limita a lo que — ex cátedra — se ha determinado de antemano que es lo “espiritual”. En otras palabras, aunque sin la profundidad que su pensamiento adquiriría posteriormente, para Guillermo Cook, la oración, la evangelización, el estudio (que no la simple lectura) de las Sagradas Escrituras, la alabanza, etc. tienen también una dimensión muy humana que los vincula a la existencia cotidiana personal y comunitaria y que los hace no ser ajenos a las penurias ni a las esperanzas de nuestros propios pueblos latinoamericanos. Creo que el desarrollo personal de Guillermo, como cristiano y como pensador, ha venido a corroborar estas afirmaciones.

4. DOS INSPIRACIONES Y UN PARÉNTESIS: DE COSTA RICA A BRASIL

Después de los acontecimientos que he relatado — y tratado de interpretar —, nuestros intereses, preocupaciones y vocación hicieron que nuestros caminos se separaran. Me fui a Europa a estudiar y Guillermo tomó rumbo, poco después, hacia el

Brasil. Aunque no nos comunicábamos personalmente, por medio de mutuos amigos yo me mantenía informado de sus andanzas por la tierra de la samba.

Creo que de esa “experiencia brasileña” y del período que la precedió, en Costa Rica, pueden sacarse algunas cuantas conclusiones, de muy importante significado para los propósitos del presente escrito, He aquí algunas de ellas:

4.1 *Las inspiraciones*

4.1.1 La primera

Eran los últimos años de la década de los sesenta y el ambiente eclesiástico costarricense — tanto en el mundo protestante como en ciertos círculos del mundo católico — se estaba volviendo propicio para que sucediera algo “extraño”. Y, en efecto, en los primeros años de la década siguiente ocurren fenómenos que han sido caracterizados, en términos generales, como de “experiencias carismáticas”. Diversas personas dan testimonios de haber recibido el “don de lenguas” o indicaciones de parte del Señor de que iban a tener lugar ciertos hechos. Se hablaba mucho del “bautismo del Espíritu” (o “en” el Espíritu, como otros prefieren decir, para trazar ciertas distinciones que consideran fundamentales). Guillermo Cook fue uno de los que pasaron por tales experiencias.

Para alguien que ve los toros desde la barrera — en mi caso, por razón doble: estaba muy lejos de Costa Rica, en Europa, y, además, nunca he estado envuelto en experiencias de esa naturaleza — los testimonios resultan ambiguos o, al menos, ambivalentes. Era para mí obvio, al regresar de mis estudios, que “algo” de capital significado había ocurrido en la vida de algunos de mis amigos, de cuya integridad personal y teológica yo no tenía el menor motivo para dudar. Pero, en otros casos sí que había lugar — y muy amplio — para la duda. Relaciones personales “deterioradas y deteriorándose”, supuestas “profecías” de cumplimiento inmediato que nunca llegaron a realizarse y desvanecimiento relativamente rápido de la “espiritualidad” que trajeron esas experiencias (espiritualidad que fue substituida, casi de manera acelerada, por enemistad fundamentada en diferencias ideológicas) lo hacían a uno dudar, con sinceridad, de la autenticidad de algunas de esas experiencias. Solo Dios puede dictar la sentencia definitiva.

En el caso de Cook, aunque no hemos hablado mucho acerca de esa experiencia, paréceme que se trata de algo genuino. No fue una excusa para refugiarse en una piedad puritana, intimista y desvinculada de los problemas de la sociedad en la que a él también le ha tocado vivir. Al contrario, por lo que pude ver entonces, y hoy, en él más bien se acentúa la convicción de que ese tipo de experiencias tiene pleno valor cuando lo catapulta a uno a la entrega al prójimo sin zafarle el bulto a la a veces aplastante realidad social circundante.

4.1 .2 La segunda

Por la época del viaje mencionado, se traslada a Costa Rica el Prof. Orlando E. Costas. Al igual que Cook, llegaba como misionero de la Misión Latinoamericana, y habría de compartir su tiempo entre EVAF y el Seminario Bíblico Latinoamericano. La personalidad de Costas — explosiva y con mucha frecuencia, imponente — ejerció una significativa influencia en varias personas que trabajaron con él en diversas instituciones.

Ni el que esto escribe ni Guillermo Cook pudimos sustraernos del influjo de Costas. Creo que él menos que yo. Orlando fue para él una inspiración. Quizá era así porque se parecían mucho en muchos aspectos: en la brutal capacidad de trabajo que caracterizaba a ambos, en el hecho de que ambos eran entusiastas promotores de actividades evangelísticas y participaban, aunque en diferente calidad, en campañas de esa naturaleza, en que ambos tenían intereses teológicos y académicos muy semejantes (como se refleja en la temática fundamental de sus escritos).

Sea como haya sido, la inspiración de Orlando marcó la vida de Guillermo, quien siempre lo admiró. Esa relación ayudó a Guillermo a ampliar sus horizontes teológicos y de relaciones personales e institucionales. De él aprendió — aprendimos — incluso ciertos ardidés que tenían que ver con las relaciones interinstitucionales o con ciertos organismos. Porque Orlando era un político consumado (aunque a veces no concor-dáramos con sus métodos, aspecto este que varias veces discutimos acaloradamente).

4.2 *La motivación*

Como ya se ha señalado, Cook llegó a Costa Rica como misionero de la Misión Latinoamericana, y estaba asignado a trabajar con EVAF (transformado luego en INDEF: Instituto Internacional de Evangelización a Fondo). Esta doble vinculación profesional fue la razón inmediata de su ida a Brasil. La relación con pastores brasileños (algunos de los cuales se habían trasladado a Costa Rica para estudiar en el Seminario Bíblico Latinoamericano) abrió la posibilidad de que INDEF extendiera su radio de acción al coloso del Sur. Y así se hizo, y Guillermo Cook se mudó a vivir en São Paulo.

He hablado de la razón “inmediata”. La razón “mediata” (que en un sentido profundo es más inmediata que la anterior) fue la preocupación que Guillermo siempre ha mostrado por las responsabilidades que la iglesia tiene en el campo de la misión y de la evangelización. Este hecho es fundamental, porque representa la continuación de una “constante” en la vida y en el pensamiento de nuestro amigo. Su rápida incorporación a las actividades de diversas iglesias evangélicas brasileñas, la organización de las oficinas de INDEF (Instituto de Evangelização em Profundidade), la acentuación de las dimensiones pastorales del trabajo de este último organismo (que llevó a la creación de lo que hoy es el pujante Centro Evangélico Brasileño de Estudios Pastorales), sus nexos con instituciones de educación teológica para enseñar cursos sobre evangelización y su constante trabajo de investigación (que se plasmó en diversas publicaciones) son indicadores claros de cuál fue la fuerza motriz que lo hizo tomar la decisión de mudarse con su familia a un ambiente tan distinto del contexto en que por años había estado viviendo.

INDEF tenía en esa época — y sigue teniendo — la imagen de una institución, si no fundamentalista sí muy conservadora. Por supuesto, en su seno convivían personas cuyas posiciones teológicas e ideológicas eran muy dispares, lo que incluso llegó a ser fuente de fricciones y desavenencias. Por lo dicho en las páginas anteriores se comprenderá, sin mayor esfuerzo, que Cook representaba, en esa institución, el ala progresista, el grupo más abierto y colaborador, con una cierta mentalidad ecuménica.

Sin embargo, el compromiso de INDEF con la evangelización y su vinculación con las iglesias locales le ofrecían a Cook el espacio necesario para moverse a sus anchas en el ejercicio de lo que él consideraba que era su vocación.

4.3 *Se amplia la visión eclesiológica*

Hay, seguramente entre otras, dos experiencias muy concretas que, según mi leal saber y entender, ayudan a Cook a desarrollar una visión más abarcadora de la naturaleza de la iglesia y del trabajo eclesial. Cada una de ellas, en su ámbito, contribuye a acentuar un aspecto particular de la vida de la iglesia, que él asimila a cabalidad en su propia vida y ministerio.

4.3.1 La primera es su vinculación con la iglesia metodista del Brasil. Por su trabajo con EVAF, Cook había desarrollado una abierta actitud de colaboración con las iglesias evangélicas, sin mayores distinguos (colaboración que resultaba indispensable si se quería llevar a la práctica el “teorema” Strachan). Pero la vinculación específica a la iglesia metodista adquiere valor particular porque, aunque dicha iglesia tiene sus “zonas” muy conservadoras, también tiene en su seno otras “zonas”, digamos, menos conservadoras, liberales y con actitudes positivas hacia las nuevas corrientes de la teología latinoamericana. El término “metodista” es sinónimo de “pensar y dejar pensar”, según el *dictum* del propio Juan Wesley. (Lo cual no quiere decir que no haya iglesias metodistas en las cuales no se deja pensar a sus miembros, probablemente porque los propios dirigentes tampoco piensan...)

Por otra parte, la tradición metodista ha sido una tradición “ecuménica”. Y el metodismo, en general, nunca le ha tenido miedo al uso de este término, sino que, más bien, siempre lo ha usado con cierto orgullo,

4.3.2 La segunda experiencia es la relación que Cook establece en Brasil con los grupos católicos conocidos como comunidades eclesiales de base (CEB).

Me atrevería a decir que, a este respecto, en Cook se produce una especie de revolución en su vida personal, en la perspectiva de su ministerio y en sus percepciones teológicas. Porque he usado conscientemente la palabra “revolución”, debo aclarar que fue una revolución no por ruptura sino por asimilación rápida. Me explico: En la nueva experiencia, él ve, por una parte, la plenificación de experiencias previas y de intuiciones incipientes también previas. Encuentra en las CEB una manera de ser iglesia que no era del todo ajena a su experiencia evangélica original, pero que la propia iglesia había perdido en el camino, desde sus orígenes, quizás porque en esos mismos orígenes no se percató del todo de su significado. (Pienso, en particular, en el concepto y en la vivencia de las *ecclesiolæ*, concepto que habrá de ocupar posteriormente la atención y el interés teológico de Cook.) De ahí que él se ocupe, además, de ciertos aspectos olvidados de la historia de la iglesia, sobre todo de aquellos movimientos en que los cristianos tratan de revitalizar la vida y la misión de la iglesia a partir de una vuelta a principios y formas de vida olvidados, que ellos intentan revivir de cara a las nuevas situaciones en las que debe darse testimonio, sobre todo de hecho, de la fe cristiana. Ejemplos que ilustran esto con suma claridad son sus referencias a los movimientos de Pedro Valdo y de Francisco de Asís, entre otros.

5. COLABORADORES... DE NUEVO

Años más tarde, antes de regresar a Costa Rica (después de un año en los Estados Unidos, donde estuve colaborando con la Conferencia del Sur del Estado de Illinois, de la Iglesia Unida de Cristo) la junta Directiva del CELEP se me acercó para ofrecermela dirección de esa institución, primera reacción fue de rechazo, pues no me

consideraba preparado para semejante tarea, en particular porque yo no contaba con la red de contactos internacionales con la que contaba Costas (y que él mismo, dada su enorme garra para las relaciones intereclesiales e interinstitucionales, se había creado), y de la cual, en buena medida, dependía — según mi percepción del momento — el futuro del CELEP. A mi regreso a Costa Rica (el último día de 1979), ya traía una buena dosis de pesimismo respecto de mi propio futuro en el Seminario Bíblico Latinoamericano. Para bien o para mal (otros lo dirán), los representantes de la Junta Directiva del CELEP que recibieron el encargo de hablar conmigo, lograron convencerme. A mediados de 1980 asumí el cargo de director general del CELEP y en esa misma fecha dejé mis responsabilidades en el Seminario (aunque la renuncia no la presentaría sino casi dos años después, por sugerencia del entonces Rector).

Guillermo Cook había sido el director asociado de Orlando. (Debo aclarar que él no quiso, por aquel tiempo, asumir la dirección general.) Yo sí quise, por supuesto, que él continuase como codirector conmigo (aunque ese no fuese el título preciso de su posición).

Se reanudó así nuestra amistad y la colaboración en un proyecto común, respecto del cual ambos estábamos plenamente convencidos de su validez y vigencia para las iglesias evangélicas de América Latina.

Mucho — y muy bueno — habría que hablar de ese período. Por no hacer más extenso este trabajo de lo que de por sí va a ser, solo quiero acentuar un dato de mucho valor para mí.

El período en que nos tocó dirigir los destinos del CELEP fue particularmente difícil, y por varias razones. Por un lado, hubo quienes ni siquiera mostraron ningún recato para decir que el CELEP era Orlando Costas y que, por tanto, al marcharse este a los E.U.A. aquel estaba condenado a desaparecer en un plazo casi perentorio. (¡Oh, profetas de pacotilla!) Diez años después, y con tres otros cambios de capitán, la nave sigue su rumbo “viento en popa”. Sin embargo, nos tocó hacerles frente a esa y a otras actitudes negativas originadas en varios campos de batalla (en Costa Rica y en otros países).

Por otra parte, sí era de verdad difícil — como ya lo indicamos en un número anterior de esta misma revista — suceder a Orlando Costas en el cargo. Su capacidad de trabajo y de integración global del ministerio del CELEP, su presencia casi omnímoda en todo el ámbito de servicio de esta institución y su fuerte, fortísima personalidad ponían, a quienes iban a ocupar su lugar, en una situación muy difícil. Sobre todo, porque en algunas de esas características quien esto escribe no se le parecía mucho. No íbamos, por supuesto, a convertirnos en imitadores de Costas. Ni siquiera nos pasó por la mente intentar hacerlo. La solución se presentó por sí misma, porque surgió de nuestro propio estilo de trabajo. Fue así como, durante el período de mi dirección, desarrollamos el trabajo en equipo. Sirva este preámbulo para destacar aquí las virtudes de Guillermo Cook. Habiendo sido director asociado del CELEP, siguió siéndolo bajo la nueva dirección, no solo con una actitud muy positiva sino, además, con el empeño y la entrega que siempre lo han caracterizado en todos los trabajos que emprende. Y se acomodó de tal manera al cambio de estilo que fue mi mano derecha durante ese período y pudimos hacer (con la ayuda del resto del personal, no es necesario acentuarlo) que el barco navegara en busca de nuevos horizontes.

Más que “director” y “director asociado” fuimos colegas y amigos, dispuestos ambos a poner los intereses del CELEP por encima de cualesquiera diferencias que pudiera haber entre nosotros. (En honor a la verdad debo añadir que, cuando se invirtieron los papeles y él llegó a ser el director general, aunque no compartí con él la dirección “formal” de la institución — ya que había otro director asociado: el Rev. Rodolfo (Chino) Saborío —, continuó ese estilo de trabajo y me incorporé, de hecho, al trabajo de su equipo a ese nivel.)

6. CARACTERIZACIÓN GENERAL

Deberemos dejar para otra ocasión, por razones de espacio, el repaso y la Interpretación de los acontecimientos que tuvieron lugar durante nuestro trabajo con CELEP, y el período posterior, hasta nuestros días. Pretendemos ahora hacer una caracterización general de la persona y la obra de Guillermo Cook, que toma en cuenta, ciertamente, esa etapa, pero que no se concreta a hechos específicos ni a situaciones particulares. Por eso hemos llamado a esta sección de esa manera. Se trata de una especie de interpretación de la visión panorámica del itinerario que es toda biografía.

Algunos aspectos que vamos a destacar en esta parte serán, por necesidad, repetición de lo que ya hemos dicho, sobre todo en el inciso 3 de este trabajo, Los destacamos porque son parte esencial de lo que ya llamamos las “constantes” que, aunque a veces con variaciones, aparecen de manera regular a lo largo de la vida de nuestro amigo.

6.1 *La persona*

6.1.1 Señalamos antes que Guillermo es una persona muy nerviosa. Como eso es algo muy connatural a su personalidad, no debe resultar extraño que, al final (es decir, ahora), debamos indicar que... sigue siéndolo. Basta repetir la experiencia a la que hacíamos alusión (sentarse frente a él por un buen rato, para hablar) para que nos demos cuenta de que la historia se repite. En efecto, así se confirma, al parecer, en una videograbación que hizo el CELEP, por separado, a todos los que habíamos sido directores de la institución. Me han dicho que es todo un espectáculo.

6.1.2 He de añadir a lo anterior que Guillermo es, también, una persona muy humilde. A quien no lo conoce le costará al principio, por ejemplo, descubrir cuánto sabe Guillermo, o cuáles son sus verdaderas habilidades. No es ni ostentoso ni petulante. Es más, dadas las ansias de aprender que siempre lo han caracterizado, no solo no teme hacer preguntas sino que, además, no se molesta sino que agradece cuando lo corrigen, trátase de una corrección respecto del uso del idioma, de interpretación bíblica, de asuntos de trabajo o de uso discriminado del texto bíblico. No recuerdo ni una sola ocasión en que, al tratar de estas cuestiones, haya mostrado el más mínimo malestar.

Por otra parte, hay que señalar que esta característica a veces queda encubierta por su naturaleza impulsiva. Como le gusta aprender, no le cuesta meterse donde sea, ni codearse con quien sea. Algunos pueden interpretar estos gestos como falta de modestia, cuando en realidad, según mi entender, no lo son.

Es más, me parece que tampoco asume poses de falsa humildad, pues cuando se ha tratado de tener que señalar elementos significativos de su curriculum vitæ — por ejemplo, para presentar su candidatura a alguna posición — no esconde ninguna infor-

mación que él crea que lo puede beneficiar en el propósito que persigue.

6.1.3 Indiqué ya — en la parte en que describía mi descubrimiento de quién era Guillermo Cook — su enorme capacidad de trabajo (que a veces hace que sus amigos nos preguntemos si en él se cumple literalmente aquello de “sacar fuerzas de la flaqueza”). Valga añadir aquí que esa característica ha sido una constante durante los años de nuestra amistad. Trabajador incansable, no cesa un momento en su empeño... aunque a veces descuide, en el camino, aspectos que también son importantes. (Esto último se muestra en la publicación de su libro más reciente — escrito en coautoría con el Dr. Ricardo Foulkes — sobre **Marcos**.)

6.1.4 Algo que sí hay que subrayar es su afán de superación académica. No satisfecho con lo alcanzado hasta el momento cuando llega al campo misionero, ni con lo adquirido por medio de sus lecturas (y, dicho sea de paso, es un incansable lector), se dedicó a los estudios en el Seminario Bíblico Latinoamericano y obtuvo allí su licenciatura en teología. Posteriormente se matriculó en el Seminario Teológico de Fuller (en California, E.U.A.) para seguir estudios doctorales, y no se conformó con adquirir el doctorado “profesional” (que en algunos círculos está muy desprestigiado, en general, sin referencia a ninguna institución en concreto), sino que aspiró al doctorado académico. Y lo obtuvo con honores. Su tesis de graduación llegó incluso a ser premiada. Todo ello revela la insaciabilidad de Cook, respecto de su propio desarrollo intelectual, (Para información adicional, véase su *currículo vitæ et studiorum*, en este mismo número de **Pastoralia**.)

6.2 *El pensador*

Dos aspectos quisiera destacar en este renglón. Habría más que podría decirse, sobre todo para poner ejemplos muy específicos de los aspectos que vamos a señalar, pero me limitaré a lo esencial.

6.2.1 Aunque quizá él no acepte totalmente esta afirmación, sí me atrevo a sostener que Guillermo Cook es un teólogo, en sentido propio. En la próxima sección intentaré hacer una caracterización general de su teología, tal como la percibo no solo en sus escritos sino también en la predicación que le he escuchado y en las discusiones que ambos y otros colegas hemos sostenido en el seno del CELEP. Su campo de especialización es la misionología y, dentro de esta, los movimientos de las *ecclesiolæ in ecclesia* (llámense comunidades eclesiales de base, iglesias domésticas, iglesia popular o de cualquier otra manera). En ese área de investigación — como bien se destaca en varios de los artículos que se publican en esta revista —, el multiforme movimiento denominado “carismático” (fuera y dentro del pentecostalismo) ha sido objeto particular de su estudio.

En todas esas investigaciones, Cook se muestra como pensador serio y profundo, que no rehuye enfrentarse a los problemas teológicos que plantean tanto la realidad como la misma investigación bíblica y que no se deja atrapar por redes institucionales (eclesiásticas, que no eclesiales) en su búsqueda de la verdad de la fe.

Esto que llevo dicho tiene otra implicación muy importante: el desarrollo de una actitud auténticamente crítica. En varios de los artículos que forman parte de este número de **Pastoralia** hay una constante referencia — resultado genuino de esta actitud que comentamos — a la realidad actual de las iglesias evangélicas, y un llamado urgente a corregir posiciones para que estén más en consonancia con el testimonio bíblico y con las

exigencias del momento histórico. Para Cook no se trata de asumir la actitud del apologeta obcecado, sino la del profeta cristiano. Ello le permite, sin negar su propia identidad personal y grupal, mirarse a sí mismo y mirar a la comunidad a la que pertenece a la luz de su comprensión de la Palabra de Dios. Y busca entonces introducir las modificaciones necesarias tanto en las posiciones como en las actitudes y convicciones que se revelan como contrarias a esa Palabra y a la misión de Dios. (Véanse más adelante otros comentarios acerca de lo que he denominado “actitud crítica”, en relación con el carácter bíblico de su teología.)

6.2.2 El otro elemento que deseo señalar en este inciso puede ser, para algunos, asunto delicado. Como ya indiqué, cuando conocí a Guillermo Cook este se nos mostraba, en sus actitudes y en su teología, como un cristiano evangélico fundamentalista. Aunque fuera de otra “cepa”, fundamentalista al fin. (Puesto que ya se dijeron las razones, no hace falta repetir las.)

Puestas las condiciones que se dieron en la vida de Guillermo Cook, no es de extrañar que a estas alturas de su ministerio, su pensamiento no pueda caracterizarse ahora como fundamentalista. Y, en efecto, por más de una razón no lo es. En honor a la verdad, hay que señalar que esto lo ha puesto, en ocasiones, en conflicto con algunos de sus colegas, con quienes ha mantenido, por escrito (y a veces con carácter privado), algunas polémicas teológicas. Así ha sucedido, por ejemplo, con el misionero holandés, fundamentalista, Juan Kessler. Otros — incluso del mismo organismo misionero al que él pertenece — lo han criticado por no ser ya lo que era, teológicamente hablando.

Como en la siguiente sección volveré sobre este aspecto — aunque desde una perspectiva mucho más positiva — no lo desarrollo más aquí.

6.3 *La teología*

Sería demasiada empresa hacer una síntesis del pensamiento teológico de Guillermo Cook. Por eso, en esta última sección no intentaré explicar cuáles son las enseñanzas o doctrinas fundamentales de dicho pensamiento. La meta que persigo es mucho más modesta: hacer una caracterización general de la teología de Cook, sin entrar en los detalles de doctrinas concretas. Por supuesto, esta caracterización arranca de la lectura de sus trabajos teológicos. Pero, como para otras secciones del presente artículo, las fuentes que he utilizado no se limitan a lo que ha sido impreso. Son parte de los recursos de que he echado mano las múltiples conversaciones que en muy diversos momentos y circunstancias hemos sostenido, los sermones de que he gozado cuando hemos participado en actividades culturales, las conferencias y estudios que le he escuchado y que no han sido publicados hasta al presente e, incluso, las discusiones que fueron parte significativa de nuestro ministerio conjunto en el CELEP. Además, ese algo que se resiste a que lo encasillen en categorías conceptuales, que es esa relación con otra persona que alguien ha caracterizado como “un accidente de la fe” y que llamamos amistad. De hecho, por la amistad, el amigo aprende acerca del amigo cosas que no puede extraer de ninguna otra fuente; por ejemplo: el valor y el significado de las convicciones, más allá de las palabras pronunciadas o escritas.

Apoyado en todas estas fuentes de “información”, caracterizo el pensamiento cristiano de Guillermo Cook como:

6.3.1 *Evangélico*

Evangélico en un doble sentido. Por una parte, porque se enraíza en el *evangelion*, en la buena nueva que es Jesús el Cristo. Estos son, por ciento, elementos dominantes de su teología: el esfuerzo por adquirir una inteligencia cada vez más plena y profunda de lo que es el evangelio y de lo que significa para la vida del que se confiesa cristiano en estos finales del siglo veinte; la comprensión de la centralidad de Jesucristo en el evangelio: la buena nueva es buena nueva de Jesucristo, noticia sin igual de que en Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios, Dios mismo nos ha encontrado y nos ha hecho suyos; la capital importancia que tiene — porque la tuvo para el propio Jesús — el insertar el anuncio del evangelio en el anuncio del Reino de Dios; y la aceptación de que ese Reino no puede deshistorizarse, porque tiene que ver con todos los aspectos de la vida humana en el *hic* y en el *nunc*.

En toda esta perspectiva, la teología de Cook, sin ser reduccionista, es una teología cristocéntrica, por aquello de que a Dios nadie le vio jamás, pero el Unigénito Dios, que está ahora en el seno del Padre, lo ha dado a conocer.

Este entendimiento de lo "evangélico" de la teología de Cook resulta fundamental, sobre todo porque está por encima y tiene prioridad sobre el otro significado que con frecuencia se le da a ese mismo término: el que podría caracterizarse como el aspecto sociológico; o sea, lo "evangélico" como indicador de una cierta identidad sociorreligiosa.

En este último sentido, Cook es también evangélico. Pero entendámonos bien: "evangélico" aquí no es idéntico a lo que los norteamericanos llaman "*evangelical*", pues entre nosotros el vocablo no suele tener todos los matices teológicos que le dan nuestros hermanos al norte del Río Grande. Tales matices son el resultado de las luchas religiosas intestinas que tuvieron lugar entre los protestantes de los E.U.A. Algunos nos resistimos a que exporten a nuestras tierras esas luchas y las discriminaciones que produjeron.

Percibo a Cook como evangélico en tanto que es parte de una amplia tradición religiosa que incluye una extensa gama de denominaciones cristianas a las que también se abarca con la palabra "protestante". Como evangélico en este sentido, Cook se identifica con los principios teológicos propios de la Reforma del siglo XVI. Así lo ha explicado él reiteradamente en muchos de sus escritos.

6.3.2 *Bíblico*

Es necesario hacer a este respecto unas pocas precisiones. Podría alguien preguntar, con todo derecho, qué significa afirmar que una determinada teología es "bíblica". ¿No pretenden acaso ser bíblicas todas las teologías cristianas? Al menos así parece, ya que todas las tradiciones cristianas aceptan que la Biblia es fuente de revelación (única, en la tradición protestante; compartida, en la tradición católica) con autoridad divina (es decir, inspirada).

Permítaseme hacer primero una precisión por vía negativa: decir que una teología es bíblica no significa afirmar que tal teología hace constante referencia a la Biblia y la toma en su sentido literal y tampoco significa, por supuesto, que se limita a repetir lo que "la Biblia dice", puesto que repetir no es interpretar... y tampoco es hacer teología.

Por vía positiva, se dirá que “lo bíblico” de una teología que es bíblica consiste en tomar en serio la Biblia; esto significa, necesariamente, tomar también en serio todo el proceso de formación de la propia Biblia, reconocer el carácter progresivo de la revelación que en ella encontramos, discernir la diferente naturaleza de sus partes, descubrir cómo los diferentes autores o personajes de que estos hablan se enfrentan al mensaje divino en la ambigüedad histórica de sus propias situaciones y buscan hacer frente, con esa palabra, al reto de sus propios presentes. Es también reconocer los problemas con los que uno tiene que enfrentarse en este estudio de la Biblia, sin tratar de ocultarlos tras ningún disfraz. En otras palabras: es no sentirse aherrojado por la letra que mata, sino captar el espíritu vivificador que respira en la palabra y que hace que siempre sea refrescante y retadora.

Al estudiar el pensamiento de Cook y repasar sus escritos, creo que es relativamente fácil detectar las transformaciones que se han ido produciendo en su uso del texto bíblico. Por una parte, la importancia de este no ha disminuido en lo más mínimo; al contrario, al cobrar nuevos sentidos, el uso se ha ido enriqueciendo de manera significativa. Hoy, como ayer, Cook sigue aferrado a su convicción de que la Escritura es fuente única de enseñanza para el cristiano, con autoridad divina (o sea, el principio de la Reforma: *sola Scriptura*). Pero, a diferencia de ayer, ha ido ampliando el horizonte de su comprensión de la Palabra divina. Ya no se trata de un mero recurso probatorio que se usa indiscriminadamente. El texto ya no está en el aire, sino que pertenece a su ámbito propio, porque solo desde allí habló a su situación.

Los últimos trabajos escritos de Cook lo muestran como un estudioso de la Biblia que va más allá de la letra y que quiere aprovechar al máximo los aportes de las ciencias bíblicas. Así se manifiesta, por ejemplo, en el comentario de **Marcos** que escribió, con el profesor Ricardo Foulkes, para el **Comentario Bíblico Hispanoamericano** (que publica la Editorial Caribe y del cual ya han visto la luz dos volúmenes).

Me parece que los aportes teológicos de Cook han adquirido solidez y profundidad al superar el marco fundamentalista en el que, por lo general, se movía su comprensión y uso de las Sagradas Escrituras. Puede que algún detalle todavía revele resabios de ese pasado, pero se trata de algo fácilmente corregible, porque la actitud que lo sustentaba ha sido superada.

6.3.3 *Evangelístico y misionero*

En sentido profesional, Cook es misionero. Es miembro (creo que ahora los llaman asociados) de la Misión Latinoamericana. Como tal llegó a Costa Rica, y como tal ha vivido durante las últimas décadas. Dicho esto, hay que aclarar de inmediato que no se trata de una simple situación profesional. Cook es misionero por vocación, y no solo de profesión. La evangelización y la misión de la iglesia han sido sus preocupaciones fundamentales a lo largo de todas estas décadas. La vocación evangelística lo ha llevado por muchos rincones de nuestra América y de otros Continentes y ha motivado los cambios en sus relaciones con diversas instituciones cristianas.

Además, ha escrito abundantemente (libros y artículos) de temas evangelísticos y misioneros, ha enseñado sobre eso mismo en muchas instituciones de educación teológica, tanto en Costa Rica como en otros países de América, en Europa y en Oceanía y ha participado, en muchas partes del mundo, en cursillos, conferencias y congresos relacionados con esta misma preocupación.

Por otra parte, no se trata, en Guillermo Cook, solo de preocupación conceptual, abstracta, de escritorio. Todo lo contrario, su pensamiento a este respecto se nutre de un compromiso real y efectivo con tareas concretas de evangelización y de misión. (Véase su curriculum vitae, en este mismo número de **Pastoralia**, pues allí se indican algunos casos en que asumió responsabilidades importantes en relación con estas tareas.)

El análisis de su comprensión de lo que es la evangelización y la misión de la iglesia requeriría otro artículo. Valga solo señalar, a estas alturas, dos detalles que pueden ayudar al lector: Primero, lo indicado en varios incisos de la presente sección (tanto de los incisos anteriores como de los que siguen) da un perfil bastante iluminador de esa comprensión. A modo de ejemplo puede destacarse la importancia y centralidad del evangelio como buena nueva de Jesucristo, que es buena nueva del Reino (según se mencionó en 6.3.1). Y segundo, la antropología de Cook es un intento de romper con el dualismo que la tradición protestante actual ha heredado de algunos de los antepasados. Es decir, el autor se esfuerza por percibir al ser humano como un ser cabal y no de manera simplista como un compuesto de partes separables en el que alguna de esas partes es fácilmente desechable, sin mayores consecuencias. Esta visión de la realidad humana tiene serias implicaciones para la comprensión de la tarea evangelizadora.

6.3.4 *Eclesial*

En un artículo publicado hace bastantes años en esta misma revista, hice, de paso, una distinción entre las palabras “eclesial” y “eclesiástico”. Aunque algunos consideran que ambos términos son perfectos sinónimos, insisto en que hay matices que los diferencian. Decía en ese artículo lo siguiente: “Hacemos aquí, pues, una distinción entre eclesial y eclesiástico. En ambos casos, la referencia directa e inmediata es a la iglesia (y por eso ambas palabras proceden de la misma raíz), entendida esta como comunidad organizada, en todos los niveles. Pero, mientras lo eclesiástico tiene que ver con la estructura jerarquizada de la iglesia, a la cual está incorporado como parte constitutiva, lo eclesial hace referencia al trabajo y al ministerio de la iglesia en su carácter multifacético, sin alusión inmediata a la institucionalización eclesiástica” (“La década de los ochenta”. **Pastoralia**, año 6, números 12-13, julio-diciembre, 1984; pág. 93).

Cuando afirmo que la teología de Cook es una teología eclesial, quiero decir que su teología no se entiende sino dentro del marco de la iglesia, sino que la referencia sea, necesariamente, a la estructura eclesiástica (del tipo denominacional o de la congregación local, en terminología protestante). Sin embargo, hay que destacar que Cook habla a la iglesia desde el seno de esta, como parte de ella misma. El acto evangelizador y el acto misional son actos eclesiales. Esto es así porque las tareas de evangelización y de misión son tareas de la iglesia como tal. Por la evangelización, el ser humano, perdonado por la gracia de Dios manifestada en Jesucristo, es incorporado a “la familia de la fe”, a la iglesia, y en el seno de esta debe nutrirse y crecer, para beneficio propio y de toda la comunidad. Además, es desde la iglesia — la “grande”, como la denominación, o la “pequeña”, como la congregación local — desde donde el creyente es (¿o, más bien, debe ser?) catapultado hacia la realización de sus deberes cristianos en el mundo. A este respecto debo señalar que Cook ha estado siempre activo en alguna iglesia local y, al menos desde 1979, ha militado en iglesias de los pobres, en barrios marginados.

Debo señalar, no obstante, que, a mi entender, la eclesiología de Cook no está del todo bien definida, especialmente en lo que se refiere a los aspectos “macroeclesiásticos”,

es decir, a la comprensión de la iglesia más allá de la comunidad local de la que el creyente es miembro directo. Sus raíces profundamente congregacionalistas han marcado su pensamiento. (Y, sin embargo, véase lo que añadido en 6.3.6.)

6.3.5 *Comprometido*

El compromiso que se expresa en la tarea — y no solo en la reflexión — evangelizadora no es un compromiso que se circunscribe al ámbito de lo eclesial. Sin negar este último, la teología de Cook acentúa también el compromiso con la realidad, que, en su caso específico, es realidad latinoamericana. Todas sus investigaciones de los últimos años tiene este denominador común: el evangelio del Reino presta atención privilegiada a quienes, por cualquier razón, han sido marginados en la sociedad de los seres humanos. La pobreza se constituye así en motivo recurrente. No es por ello extraño que su tesis doctoral haya sido publicada con el siguiente título: **The Expectation of the Poor: Latin American Base Communities in Protestant Perspective**. Es así mismo natural que en su último libro (**Marcos**, del cual se publica un pasaje en este número de **Pastoralia**) el tema vuelva a aparecer. No podía ser de otra manera.

Como tampoco podía ser de otra manera que Cook haya rechazado los intentos de espiritualización que han caracterizado a algunos sectores del protestantismo latinoamericano. Sin herramientas, quizá, para asimilar este redescubrimiento del lugar del pobre en la teología bíblica, y, por otra parte, configurada su mentalidad por el protestantismo fundamentalista que los colonizó ideológicamente, aquellos sectores protestantes consideraron lógico y legítimo — dentro de su esquema conceptual — interpretar la enseñanza bíblica sobre los pobres (i.e., el huérfano, la viuda, el extranjero, el pobre) dándole un sentido espiritual. Con frecuencia ni se han percatado de las contradicciones en que caían no solo en el plano teológico sino, peor aún, en el de la exégesis bíblica. Cook rechaza la tentación. Y la rechaza desde su posición evangélica.

Esa fue la razón, también, de que aceptara ser parte de un equipo de seis investigadores organizado por el “*Center for Christian Scholarship*” de la Universidad Calvino (“*Calvin College*”), para estudiar la situación de la región centroamericana en la segunda parte de la década de los ochenta. La investigación se llevó a cabo en los años 1986 y 1987, y procuraba ofrecer un análisis de la crisis en América Central desde la perspectiva de la fe reformada. El proyecto se concretó en un libro: **Let My People Live: Faith and Struggle in Central America** (1988) que revela la naturaleza del compromiso de sus autores con el Dios de la vida, y su condena de las acciones de muerte que han bañado en sangre de pobres la cintura de América. (Se me ha informado que este libro saldrá pronto en castellano.)

6.3.6 *Ecuménico*

Cuando falleció don Kenneth Strachan, Rubén Lores, a la sazón director asociado de la Misión Latinoamericana, predicó en el servicio fúnebre un conmovedor sermón con el que tomó como idea clave el concepto de “el manto de Elías”. La pregunta que rondaba el cerebro de muchos de los que conocieron a don Kenneth era, precisamente, quién iba a ser el valiente que heredaría su manto. Al parecer, nadie quería ser ese heredero. O, quizá, nadie se atrevía a pretenderlo.

Algunos pensaron, posteriormente, que quien recibió el manto no fue una persona sino una institución, que había sido creada por inspiración del propio Strachan. Creo que

la historia ulterior ha revelado que no fue así. Aspectos fundamentales que caracterizaron el ministerio de don Kenneth Strachan, sobre todo en la última etapa de su vida, brillaron luego por su ausencia, tanto en la misma Misión Latinoamericana como en la institución referida y otras. Una de esas características — que a los jóvenes de entonces nos entusiasmaba e inspiraba — fue su coraje no solo para enfrentarse a situaciones nuevas sino para iniciar, él mismo, nuevas aventuras en las relaciones misioneras. Sin dejar de ser consciente de los problemas que enfrentaba la Misión que dirigía en virtud de su interna estructura financiera (se trataba, en su base, del problema característico de todas las “Misiones de fe”), tuvo la valentía de embarcarse en otros tipos de misión que le acarrearían las críticas de algunos y le granjearían los aplausos de otros.

Una de esas misiones tenía que ver con las relaciones con el “mundo ecuménico”. Hemos de tomar en cuenta que si en la actualidad — inicio de la última década del siglo — la palabra “ecumenismo” es, para muchos evangélicos, casi una palabra demoníaca, en aquel entonces — hace más de un cuarto de siglo — lo era aún más. Por menos de lo que se atrevió a hacer Strachan, se hacían acusaciones, se levantaban infundios... y se recortaban los fondos que se habían ofrecido para la obra misionera. Sin embargo, a pesar de todos los riesgos, Strachan tuvo la osadía de ir a Estrasburgo a participar en una reunión de la Federación Universal de Estudiantes Cristianos, relacionada con el Consejo Mundial de Iglesias. Y, además, mantuvo una interesantísima polémica sobre la misión con un representante del propio Consejo, en las páginas de la **International Review of Mission**. En la misma Costa Rica tomó parte en programas de televisión en que se hablaba sobre el Segundo Concilio Vaticano, entonces en sus etapas iniciales.

Fue una lástima, según mi modesto entender, que la Misión que Kenneth Strachan quiso convertir en Misión de avanzada, sin comprometer los principios fundamentales de la fe evangélica, luego de su muerte se retrajera, meticulosa y pusilánime, y perdiera el impulso inspirador que aquel quiso infundirle.

Hubo algunos, dentro de la Misión Latinoamericana, que, no obstante, no perdieron esa inspiración y llegaron a desarrollar una visión de la iglesia que rompía las fronteras provincianas de un sectarismo no confesado. Entre ellos está Guillermo Cook. Evangélico con las características que ya hemos descrito, profunda y genuinamente comprometido con la iglesia protestante, de arraigadas convicciones teológicas (requisito indispensable, según ha señalado en forma certera Hans Küng, para poder participar significativamente en el diálogo con otros que creen de otra manera), Cook tiene una mente abierta y una disposición tal para el dialogo que le permite participar creativamente en actividades tanto de la Fraternidad Evangélica Mundial como del Consejo Mundial de Iglesias. Y en uno y otro lado, sin comprometer sus convicciones, hace presente el testimonio de su fe y lo que de positivo hay “en el otro lado”. Es la misma posición que había asumido Orlando Costas.

Pero no se trata solo de participar en actividades programadas por esos organismos de la transnacional eclesiástica. Si se redujera a ello, estaríamos en presencia de un caso de oportunismo turístico. En Cook hay, más bien, una apertura de horizontes, una aceptación consciente de que la iglesia no puede reducirse al núcleo minúsculo — más o menos grande, pero minúsculo al fin — con el que uno se relaciona directamente, pues lo eclesial supera lo eclesiástico. Y esto es así porque, en última instancia, uno no puede identificar en forma total la Palabra de Dios con su interpretación, históricamente condicionada y circunstancialmente limitada, de esa Palabra. Ello lleva, por necesidad, a asumir una actitud de apertura hacia las otras formas de interpretación de

esa misma Palabra que se dan en el mundo cristiano. Solo así es posible ser crítico, respecto de lo que creen y practican los otros y de lo que cree y practica uno mismo. Por otra parte, sin ese ingrediente no es posible crecer.

6.3.7 *Carismático*

Uso este término en varios sentidos.

En primer lugar, para indicar el lugar que el Espíritu Santo juega en el pensamiento de Cook. Como él mismo ha señalado, en los años setenta atravesó por una experiencia carismática, que caracteriza como de bautismo del Espíritu Santo. Fue, según he podido percibir, una experiencia que marcó su vida y su pensamiento. No, no lo hizo perfecto, pues para los perfectos no hay lugar en esta tierra, ya que no serían humanos a la manera como lo es el resto de los mortales. Pero sí cambió su vida.

Al observar la vida de Guillermo, al escuchar sus sermones o al leer sus trabajos teológicos, algunas cosas me llaman la atención en relación con esta experiencia. Para comenzar, y a diferencia de muchos otros, no hace alarde de ello. No manifiesta que considere que el hecho de haber tenido esa experiencia lo coloca por encima de los demás. Además, no habla reiteradamente del Espíritu Santo. Ya destacué, en otra parte de este artículo, el carácter cristológico de su pensamiento. Lo cual trae a la memoria aquel texto de la Escritura que afirma que el Espíritu no hablará de sí mismo, sino que tomará de lo de Jesús y nos lo hará saber. Por último, no he percibido nunca que crea que todos los cristianos tienen que pasar por esa misma experiencia.

En segundo lugar, describo la teología de Cook como carismática porque tiene, en conjunto, el carácter de lo espontáneo, de lo vivencial, de lo creativo. No es principalmente académica, de torre de marfil, como si se tratase de un simple ejercicio intelectual. Es, más bien, una reflexión, seria y rigurosa, que surge del torrente incontenible de la vida y que busca hallarle el sentido a esa misma vida que, en última instancia, es vida de Dios.

Post scriptum

Las páginas anteriores — que quizá parezcan demasiadas — no pretenden ser más que una especie de testimonio personal: de cómo percibo al hermano y amigo a quien aquí homenajeamos. Todo lo dicho, desde la primera palabra hasta esta última, representa mi interpretación propia de la persona y del pensamiento de Guillermo Cook. Por ello, soy el único responsable... y acepto gustoso esa responsabilidad.

Octubre, 1990